



BARCELONA 27 DE JULIO DE 1867.

NÚM. 4.º

Se publica semanalmente á 4 rs. por trimestre, 11 por semestre, y 20 por anualidad, recibiendo los números, en Barcelona á domicilio, y fuera directamente por el correo.
En Ultramar: 2 pesos fuertes por anualidad.
En el Extranjero: 40 rs.
Al que se suscriba por diez ejemplares se le dará á mas uno gratis.
Números sueltos: 6 cuartos cada uno.

Se admiten suscripciones en Barcelona en la librería de su Editor el Heredero de D. Pablo Riera, calle de Robador, n.º 24 y 26, y en la papelería de D. Pedro Casanovas, plaza de la Cucurulla, n.º 2; y fuera en casa de todos los señores que expenden las obras que salen de su establecimiento, ó que están relacionados con él por cualquier concepto que sea. Puede tambien hacerse la suscripción remitiendo el importe con carta dirigida al Editor en sellos de franqueo, libranzas sobre Tesorería, ú otro medio.

AÑO I.

AMOR AL TRABAJO.

CUANDO el Criador formó á Adán y Eva, y les dió posesion del paraíso terrenal, puso á su alcance todos los medios de proveer á sus necesidades sin el menor esfuerzo. La tierra les daba espontáneamente sus ricos y bien sazonados frutos, los cristalinos arroyos corrian murmurando á sus piés, y la dulzura de la estacion no les hacia sentir el crudo frióni el abrasador calor. Adán y Eva desobedecieron los mandatos del Señor, y desde aquel dia todo cambió para ellos. Cada fruto que calmó su hambre, cada choza que les guareció de la intemperie, cada gota de agua que refrescó sus labios, fue producto del trabajo. Desde entonces, y en progresion ascendente, los hombres han tenido que trabajar para subsistir, y aquellas naciones que mas trabajan son las que se distinguen por su riqueza y bienestar.

Ya que el trabajo es el destino de los hombres, ya que debemos considerarlo como una expiacion constante de la enorme falta cometida por nuestros primeros padres, lo mas racional y justo es que nos sometamos con paciencia y ánimo sereno y decidido al destino que Dios nos impuso. La sociedad está constituida de manera que no hay lugar para el hombre holgazán. El que no quiere someterse al trabajo no tie-

ne mas remedio que arrastrar una existencia miserable y ser el ludibrio de sus semejantes. El desprecio que siente la sociedad hácia el ser que quiere vivir á costa de los demás, lo comprenderéis perfectamente por medio de un ejemplo:

Supongamos que se reunen diez amigos y, con licencia de sus señores padres, se proponen ir á merendar al campo. Como la merienda que tienen proyectada ha de ser en comun, cada cual aporta lo que puede. De los diez compañeros de merienda hay cinco á quienes sus padres han dado provisiones abundantes; los unos traen una docena de huevos para hacer una sabrosa tortilla, otros jamon y chorizo, y por fin, otros pan, frutas y queso de varias clases con que regalarsen á los postres. De los cinco restantes, hay uno que proporciona sal y aceite, otro no tiene mas que una sartén y unos platos y los facilita, y por fin hay tres á quienes sus padres no han podido dar absolutamente nada, y se presentan al corro con las manos vacías: estos tres niños se llaman Jorge, Lázaro y Narciso.

Una vez reunidos los compañeros, cada cual muestra su contingente; depositan encima la fresca yerba las provisiones, y saltan de alegría al ver que tienen lo bastante para hacer una rica merienda. Al tocarle su turno, Jorge dice á sus compañeros:

— Amiguitos, yo no he podido traer nin-

guna provision, ya sabeis que mi familia es pobre y no puede gastar en golosinas; pero como soy fuerte y tengo buen deseo, yo seré el que transportaré tres grandes piedras para hacer un hogar y andaré buscando leña suficiente para cocer la merienda.

Al oír esta franca manifestacion y el buen deseo de ser útil que animaba al buen muchacho, todos sus compañeros le recibieron con agasajo y le consideraron digno de tomar parte en el festin.

— Me alegro que deis parte á Jorge, dijo entonces Lázaro, porque yo me hallo en su mismo caso, con la diferencia de que no soy tan fuerte como él; pero puedo prestar otra clase de servicios no menos apreciables. Como en mi casa no tenemos criada, algunas veces me veo obligado á guisar en ausencia de mi madre, y os prometo que haré una tortilla y una fritada que os chuparéis los dedos.

Una explosion de aplausos fueron la contestacion á las palabras del niño, y unánimemente fue aclamado *cocinero* de la comunidad.

Entonces todas las miradas se volvieron hácia Narciso que, lo mismo que los dos anteriores, no habia traído nada. Viendo que no decia una palabra, el niño Eduardo le dijo:

— ¿Y tú, Narciso, qué traes?

— Nada, contestó el muchacho; mis padres no han querido darme nada para la

merienda bajo el pretexto de que he quedado mal en los exámenes.

— Pero á lo menos serás útil en algo, añadió Eduardo; podrás tomar el cántaro é ir por agua á la fuente del Olmo.

— Yo no soy criado vuestro, contestó Narciso con malos modos; el que quiera agua que vaya á buscársela.

— Pues hijo, contestaron sus amigos, en ese caso, si quieres merendar lo harás con las provisiones que has traído. — Estas palabras y una rechiffa general fueron el pago del holgazan.

Jorge trajo abundante provision de ramas secas; improvisóse un hogar, y el hábil Lázaro, segun habia ofrecido, se portó como un consumado cocinero. Comieron todos con la mayor alegría y apetito, y pasaron una de aquellas tardes que hasta cuando somos ancianos recordamos con placer. Solo uno de ellos estuvo triste y se quedó sin merendar: fue el holgazan Narciso.

¿No es verdad, hijos míos, que este niño llevó su merecido? Pues lo que sucedió en aquella reunion de muchachos, sucede en todas las esferas de la sociedad. Aquel que no procura hacerse útil por medio del trabajo, es tratado con desprecio porque quiere vivir á costa de los demás infringiendo aquel mandato del Señor: *Ganarás el pan con el sudor de tu rostro.* — F. FIGUERAS.

De la *Revista de la Exposicion universal de 1867* que publica en París el eminente literato Sr. Castro y Serrano, tomamos el siguiente artículo:

ASILO DE LA INFANCIA.

No hay alma sensible á quien no gusten los pájaros porque cantan, las flores porque huelen, y los niños mucho mas porque sonrien. Su inocencia es un acusador constante de nuestra malicia; su debilidad un recuerdo perpétuo de la soberbia del hombre; sus necesidades nos despiertan la idea del socorro, y su desvalidamiento nos advierte el principio del deber. Una de las pocas veces que Jesucristo reprendió á sus Apóstoles, fue cuando estos impedían que los niños se le acercasen.

No es ni puede hoy ser nuestro objeto juzgar si la ternura de san Vicente de Paul está bien ó mal comprendida por los hombres que la aplican privadamente, y por la colectividad administrativa que la erige en ley: vamos á aceptar un hecho en la forma que se nos presenta, hecho de que la caridad ha llevado una muestra tan útil y conmovedora al campo de Marte. Aludimos á la casita de socorro para los hijos de los trabajadores que se ocupan en ganar su sustento en las múltiples faenas de la Exposicion. Estos niños quedarian abandonados forzosamente durante todo el día, mien-

tras sus padres permaneciesen á larga distancia de París sin medios de velar por su cuidado, y aun en ocasiones ni de su alimentacion ni de su vida. Muchas causas, que á nadie se ocultan, influyen dolorosamente en esta tristísima probabilidad.

Para salvarla, imaginó la sociedad protectora de la niñez, que bajo el patronato de la emperatriz Eugenia dirige en Francia su respetable fundador el Sr. Mabeau, que se estableciese en el recinto mismo de las construcciones un pabellon semejante á los diez y siete que ya existen en la capital, donde son recogidos, alimentados y cuidados con cariñosa solicitud los hijos de los trabajadores de fábricas y talleres. En estos asilos provisionales tienen cabida todos los muchachos, sea cualquiera su edad; lo mismo el que necesita el pecho, como el que comienza á dar sus primeros pasos y el que ya se maneja por sí propio. Todos ellos encuentran el amparo físico necesario á su debilidad, y los recursos morales adecuados á la terneza de su espíritu. Palabras cariñosas, objetos agradables en su derredor, lecciones de lectura y moral, ejercicios gimnásticos, y despues de todo, una alimentacion sana y abundante; hé aquí el providencial consuelo que los niños encuentran en esas casas, mientras sus padres permanecen en la reclusion forzosa del trabajo.

El *Asilo de Santa María*, que así se llama el establecido en el parque, cumple dos objetos á la vez: el de amparar á los niños, como cualquiera otro de sus hermanos, y el de excitar por medio de la evidencia los filantrópicos espíritus de nacionales y extranjeros que lo visiten, para que su organizacion se difunda, su régimen se perfeccione, y la caridad no los olvide en el santo ejercicio de la limosna.



HISTORIA SAGRADA.

LA BURRA DE BALAAM.

Muchos son los que hablan de la burra de Balaam, y pocos los que sepan detalladamente su historia segun la refieren los Libros sagrados.

La burra de Balaam es el único animal que por permission de Dios ha gozado del

uso de la palabra. La mitología y la fábula nos refieren repetidos ejemplos de la locuacidad de los animales; pero la historia verdadera solo nos da cuenta del milagro que hemos anunciado.

Balaam, hombre sábio y experto, de la tierra de Moab, pasaba por el adivino de su reino; y como tal, tenido en mucho. Viendo Balac, rey de Moab, que el pueblo de Israel se iba apoderando de toda la tierra de Canaan, y destruyendo á sus reyes uno por uno, se valió de Balaam el adivino para que saliese á maldecir al pueblo de Dios: esta maldicion debia, en el sentir del Rey, anonadar y confundir á sus contrarios. Balaam tenia una burra que habia montado constantemente desde su juventud; animal pacífico y sufrido, del cual se valió el Señor para atajar los intentos del maldiciente adivino.

La primera gracia que obró Dios en el cuerpo del bruto fue concederle la facultad de percibir los objetos inmateriales que se ocultaban á la vista del hombre mas perspicaz. Así que, cuando el arcángel Gabriel, segun unos autores, ó Miguel, segun otros, se apareció en el camino que llevaba Balaam, la burra fue quien únicamente divisó al Arcángel; y espantada de aquella deslumbradora vision se apartó de la senda, como temerosa de continuar el camino ante el brillo de la gloria. Despues de un instante de vacilacion, la burra se inclinó en presencia del enviado de Dios. Entonces Balaam irritado por el espanto de su cabalgadura, golpeó fuertemente á la bestia.

— ¿Qué te he hecho yo? — gritó entonces el animal, encarándose con su verdugo. — ¿Qué te he hecho yo, para que me pegues así?

Balaam quedó admirado de la locuacidad repentina de su jumenta; pero, ciego de enojo por el contratiempo sufrido en su marcha, y mas ciego aun por aquella especie de insolencia con que la burra, obediente hasta aquel día, se le mostraba entonces como un rival poderoso, contestóle entre confuso y colérico:

— ¿Por qué me has engañado? Si tuviera una espada en mi mano ya te hubiera muerto.

— Tú no puedes matarme, — tornó á decirle el animal; — no tienes esa espada en la mano y no puedes matarme; ¡considera si podrás arrasrar y destruir á los israelitas!

Balaam calló, porque ante semejante raciocinio nada se le ocurría contestar. — Nada me contestas, — continuó la burra; — ¿luego te he vencido...? Y siendo esto así, ¿cómo pretendes vencer á los hijos de Abraham, de Isaac y de Jacob?

La frente del adivino se contrajo visiblemente al escuchar tan terrible argumento. Sin duda que aquella bestia se hallaba en el pleno dominio de alguna influencia sobrenatural. Esta idea, que asaltó la mente de Balaam, vino á confirmársela casi com-

pletamente el nuevo prodigio de que fue testigo.

En aquel momento se apareció á la vista del supuesto adivino el rostro encantador de Gabriel y la brillante auréola de gloria que lo circundaba.

—¿Por qué pegaste á tu burra?—le dijo el Ángel.—Yo estoy aquí para oponerme á tus ímpetus. La burra me vió y se inclinó delante de mí. Y si me cpongo á que maltrates á la burra, ¿cuánto mas no me opondré á que destruyas y aniquiles al pueblo de Dios?

La espada amenazante que el Serafin esgrimía en su diestra desapareció entonces á los ojos de Balaam, así como el Ángel que acababa de hablarle. El maldiciente de Moab se prosternó ante la imágen de Dios y acató sus designios, desistiendo del criminal propósito que llevaba. Hombre y jumenta volvieron á la tierra de donde habían salido, y el pueblo de Israel no fue maldito por la boca del que un momento antes pretendía exterminarle para satisfacer la cólera de su rey.

RESIGNACION.

Nadie está exento de pesares, y raro es el mortal que goza de una verdadera felicidad: de consiguiente, la paciencia y la resignacion deben acompañarnos en los

amargos trances de la vida. El hombre que se deja abatir por la adversidad no posee las verdaderas virtudes; pues se deja dominar de un sentimiento terrestre y falta vigor á su alma para remontarse á mayor esfera. Por grandes que sean vuestros pesares, debeis creer siempre que hay seres mucho mas desgraciados, y con quienes no trocaríais por todo lo de la tierra vuestra suerte infeliz con la suya. Si quereis encontrar miserias, no teneis mas que dirigir la vista á esta infeliz sociedad, y no os holgaréis con las penas de vuestros semejantes; al contrario, les compadeceréis; pero resignándoos con vuestra suerte podréis decir: «Dichoso quien rodeado de la «adversidad puede mostrar una conciencia «pura y busca en la resignacion un consuelo que al fin encuentra; entonces para «él ya no hay desgracias, examina su interior, y queda satisfecho de sí mismo.» Este es el que en el mundo se puede contar feliz.

Por otra parte, al permitir Dios las pasiones que devoran el corazon y minan la existencia del hombre, al crear las desgracias para probar las virtudes, creó tambien una vírgen hermosa, y quiso que sus vestidos fuesen verdes y las guirnaldas que ciñen sus delicadas sienes fuesen del mismo color; y la colocó á cierta altura, de modo que todos los hombres pudiesen gozarse en su presencia al través de sus desgracias,

y oír como exhalan sus labios de rubí estas consoladoras palabras: *Creed y esperad*. Esta vírgen aérea que mi imaginacion es ha trazado, es la esperanza en Dios, que nunca debe abandonaros.

Josefa Ribot de Vallés.



CUENTOS.

Jugando al volante en el salon de su abuela, Cristina rompió un espejo, y luego se marchó á su casa sin decir una palabra. La señora preguntó á los criados, que afirmaron no tener noticia de aquel percance. Desde aquel día Cristina evitaba el volver á casa de su abuela. Un día, sin embargo, tuvo que ir con su madre, y la pobre niña

— 12 —

ro decente: afortunadamente Baudry es un castillo inmenso: un colegio entero podria jugar en sus salones. —¡Qué partidas tenemos hechas en los corredores y en el vestíbulo!... Hoy ya no soy de mucho tan ligero.

La mas estrecha cordialidad reinaba entre nosotros, cuando un día ví entrar un hermoso gato blanco en el salon. Al verme se alufó, se le erizó el pelo; yo me precipité sobre él, é íbamos á medir nuestras fuerzas en rudo combate, cuando los gritos y lágrimas de Enriqueta, armas poderosas para mí, me hicieron retroceder algunos pasos. Acudió la madre de Enriqueta, cogió el gato y lo echó fuera. Yo seguí ladrando para dar á comprender bien claramente mi profundo descontento. La señora procuró consolar á la niña, que no podia convencerse de la antipatía que mutuamente se tienen perros y gatos.

La ternura que tenia por Enriqueta no pudo hacerme cambiar de resolucion. Desprecio altamente al perro que puede vivir en armonía con un gato. Corre peligro de echarse á perder en semejante compañía. ¿Cómo es posible que nosotros, tan leales, generosos y sinceros, podamos vivir en paz con semejantes animales, tan egoistas y arteros, sin perder algo de la nobleza de nuestro carácter?...

Enriqueta, pues, trató en vano de persuadirme, y al cabo tuvo el buen sentido de reñir con el gato.

— 9 —

lame la mano! ¡Pablo, Luis, me está lamiendo! ¡mirad su lengua de color de rosa!

Aquella circunstancia se renovó tres veces consecutivas.

Los muchachos me presentaron sus manos. Á decir verdad, eran menos seductoras; eran verdaderas manos de estudiante, manchadas de tinta, y bastante robustas para armarse contra mí. No importa; aquellos muchachos tenian una fisonomía simpática, ojos francos y leales, y, por otra parte, yo temia introducir celos en la familia que tan bien me acogia. Durante la comida todo el mundo quedó encantado de mí. No conozco nada tan feo como un perro hambriento que se echa con furia sobre los platos que le ofrecen.

Acordándome de los consejos de mi tierna madre, comia despacio y sin dejar caer la mas pequeña partícula de vianda al suelo; al momento vió todo el mundo que yo era limpio: Jorge dijo, sin embargo, que era preciso aguardar al día siguiente *para poder decirlo*: el día siguiente me cubrió de gloria.

Me habian preparado una perrera acolchada en el vestíbulo. Quedé muy satisfecho de aquella prueba de atencion; sin embargo, hice algunos dengues para entrar, porque mi madre me habia dicho que la manera mas cómoda de dormir que habia para un perro era enroscado sobre un mullido sillon. Entré, pues, en la perrera por pura complacencia, pensando que con

se puso muy colorada al ver el espejo roto, en el que solo quedaba un pedazo de luna. Su abuela comprendió entonces lo que habia sucedido, y haciéndola venir á su lado, le dijo con dulzura:

—Querida niña, al romperme el espejo solo cometiste una travesura muy perdonable; pero exponiéndome á que yo riñera á los criados, y dudando de mi indulgencia, has cometido una falta grave.



—Estoy muy descontenta de tí, Pilar; te has portado muy mal en la comida á que te han convidado tus amigas.

—¿En qué me he portado mal, querida mamá?

—En primer lugar, cuando has visto las muchas golosinas que habia sobre la mesa, tus ojos han chispeado y no te has cuidado de otra cosa; luego, cuando han servido

los dulces y las frutas, has ido tentando muchos para escoger el mejor.

—Pero, mamá, ¿por qué razon habia de tomar cualquiera de ellos pudiendo escoger el mejor?

—Hija mia, está muy mal hecho el demostrar un placer tan grande á la vista de la comida, y nada decente el dejar las peores frutas y dulces para las compañeras. Esto indica que eres golosa, y la gula es un defecto innoble que nos pone al nivel de los animales. Ella te ha hecho preferir el grosero placer de satisfacer tu apetito al delicado placer de ser agradable á tus semejantes.

—Lo que V. dice, mamá, es muy cierto: cuando estoy fuera de la mesa me avergüenzo muchas veces; pero así que veo cosas que me gustan pierdo el juicio. ¿Por qué ha dado el Señor á la comida el sabor y el perfume? ¡si fuera insípida no habria golosos!

—Hija mia, el Señor en su inmensa bondad ha dado el sabor y el perfume á la comida para excitar nuestro apetito, y para que la satisfaccion de esa necesidad de la vida fuera origen de agradables sensaciones; pero se le ofende cuando se abusa de sus dones: no lo olvides, hija mia, porque no se puede ser feliz despues de haber ofendido á Dios.

Solucion á la charada anterior:

Con mucho amor y cariño,
Con sumo gozo y anhelo
Los dedos se chupa el niño
Cuando le dan CA-RA-ME-LO.

CHARADA.

Mi *primera* es una letra,
Y en la escala musical
Hallarás á mi *segunda*,
Si la escala sabes ya.
Juntando *segunda* y *prima*
Sin esfuerzo formarás
El nombre de una materia
Que es del reino mineral.
Juntando *prima* con *tercia*
En los pueblos hallarás,
Y muchas mas que en el pueblo
En la villa y la ciudad.
Á *segunda* y *tercia* nunca,
Que puedas, has de faltar,
Porque á Dios ofenderias
Con un pecado mortal.
Si juntas la *tercia* y *prima*
El imperativo harán
De un verbo de la primera
Que ya sabes es en *ar*.
Mi *todo* lo llevas puesto,
Y es prenda muy esencial.

La solucion se dará en el próximo número.

EDITOR RESPONSABLE: MANUEL MIRÓ.

BARCELONA: Imprenta del Heredero de D. Pablo Riera. — 1867.

— 10 —

el tiempo podria librarme de aquella exigencia, y recuperar mi libertad sin pasar plaza de ingrato.

Tenia yo entonces seis meses. El mes de noviembre tocaba á su fin cuando entré en el castillo de Baudry. Como la estacion era lluviosa, apenas salíamos del castillo, y pasábamos el tiempo en el patio. Pero ¡qué patio! Llegaba hasta la carretera. Una magnífica verja resguardaba la entrada, y á cada lado habia una especie de fosos plantados de higueras y manzanos silvestres que nos ponian al abrigo de todo ataque. Como el patio estaba cubierto de una pequeña capa de arena fina, recuerdo que yo sentia un inmenso placer al ver impresas las huellas de mis patas.

Cuando no podíamos brincar por el patio, corríamos en una de las salas del castillo. Ahora siento por la primera vez de mi vida no ser un perro sábio. Hubiera contado las ventanas de nuestro castillo, y lo menos habria encontrado trescientas. Sí, trescientas: tengo buen ojo.

Probablemente vosotros ignorais que los perros tenemos una gran cualidad: al momento conocemos la clase de personas entre quienes vivimos; luego comprendemos si tienen educacion y urbanidad, y seguimos el ejemplo que nos dan.

En Baudry todo el mundo tenia buena educacion. Los niños eran muy comedidos en la mesa: no hablaban sino cuando se les preguntaba; no se lamian los

— 11 —

dedos; no bebían con la boca llena, ni molestaban con los piés á sus vecinos. — «Pero ¿á dónde quieres ir á parar, amigo César, con semejantes digresiones?» — He querido daros á comprender que no me admitian en el comedor, y que, si por casualidad me deslizaba furtivamente hasta allí, permanecía quieto y no pedia nada. Si alguna vez el olor de un rico guisado me tentaba mucho, aprovechaba la primera ocasion de salir, diciendo para mis adentros que en la cocina ya me reservaria mi parte la buena Silvia, y que allí podria comerla mas á mis anchas. En el salon guardaba siempre muy buena apostura. Como jamás habia visto á Pablo ni á Luis echarse sobre el sofá, ni hacer piruetas sobre la alfombra, yo permanecía quieto al lado de la chimenea, saliendo de vez en cuando á tomar el aire.

Una de las cosas que me valieron el aprecio de la gente de la casa, era la excelente costumbre que tenia de limpiarme las patas cada vez que entraba. Pablo, que se habia divertido acostumbRANDOME á eso, halló en sí mismo la recompensa, porque tambien tomó la costumbre á fuerza de darme el ejemplo. Esta prueba de buena educacion me valió muchos aplausos. Tuve fama de limpio en toda la comarca. Los niños de fuera de casa se divertían haciéndome entrar y salir para gozar de aquel espectáculo.

El invierno no es una estacion propicia para un per-